

ECOLOGÍA ESPIRITUAL

ECOLOGIA ESPIRITUAL

ESPIRITUAL ECOLOGY

Fecha de envío: 03 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 01 de junio de 2021

Juan Cepeda H.

Doctor en Filosofía

Universidad Santo Tomás, Colombia.

Email: juancepedah@gmail.co

3 5 6

Tres. Cinco. Seis. La vida.
La planta. El árbol. La semilla.
La rana. El colibrí. El pingüino.
... ¡y el ser humano!

Hunde tus manos en la sangre:
¡siente la vida!

Hunde tu alma en la carne:
¡vivencia el espíritu!

No te quedes con lo que tocas,
no te quedes con lo que ves,
no te quedes con lo que sientes;
camina hacia dentro de ti,
entra al recinto de tu corazón,
allí encontrarás la ventana al universo.

Tres, cinco, seis; la vida.

Me encontré con una anciana
–tal vez el tercer día–
y fue mi maestra. ¡Cuánto aprendí de ella!
: a arar la tierra con madera,
: a descubrir agua en la tierra,
: a humedecer la tierra con mi sudor,
: a sembrar, a desyerbar, a aporcar,
: a cuidar,
estuve ahí todos los días, aprendiendo;
me fui de ahí todos los días, ya sabiendo;

estuve y me fui, ¡y no sé si volví!
Me encontré en un espejo – ¿al quinto día? –
y me convencí no salir de él;
llevo prisionero edades muchas
llevo perdidas todas mis luchas
y estoy como herido de muerte.
O encuentro aquella ventana
o desapareceré cuando el espejo se rompa.
¡Qué enigma tan doloroso!

Pero aquí me encuentro: contigo,
cuando me lees, cuando me comprendes
aquí te encuentro. No huyamos más
... ¡ya no más, estoy casi sin aliento!
Quedémonos aquicito no más,
sobre la arena del mar, a la sombra
de aquesta palma. Muéstrame tu mirada,
tu suelo profundo, tu agua dulce no agotada,
tus manantiales sinceros, tu alma no afectada,
déjame ver tu vientre
para sentir tu carne ensangrentada
y déjame ser tu hedor, por el que milenios ha
la vida ha sido gestada. ¿Qué digo?, ¿la vida, simplemente?
¡La vida humana!, el sentido de la vida,
¡sentido de ser!, ¡eso es!

Primero fue la planta, el árbol, la semilla
en la montaña. Apu de sabiduría ancestral.
«Verde verde verde, vida».
«Clara, transparente, clara, clarísima, líquida».
«Estamos siendo, estamos viviendo, somos».
«Mírame mírame mírame, siénteme».
«Tan tuya, tan mismos, ¡a una!».

Tu mirada, tu suelo profundo, tu cielo profundo.
Estamos en la misma melodía: no hay otro ritmo.

Al tercer día, el sonido del mar se une
al sonido del viento que juega entre los árboles,
y unidos hacen una sola canción, ¡canta
, canta canta canta, grita!

¡Estamos!

¡Estamos siendo!

¿Se escucha nuestro ser?, ¿por ahí?, ¿entre allí?

Casi, casi casi casi,
pero falta. Falta el espíritu, vida de la vida.

Por allá mar, por acá tierra,
por allí un río y cabe un lago; agua y tierra,
sol y flor, vuela el picaflor, canta el copetón;
amanece, y nadie sabe;
anochece, y nadie sabe;
¿quién cuenta los días?, ¿quién sabe
de las maravillas de la creación?

Por allá tierra, por acá mar,
por allí el viento y cerca no tan cerca
alguna nube, y algún nubarrón;
salta la ballena, ataca el tiburón;
amanece, y nadie sabe;
anochece, y nadie sabe;
¿quién saborea el aroma de la flor?

Y ya, antes del último, ahí, precisamente,
se ve (se ven), se encuentran
las diez huellas de sus manos,
las diez huellas de sus pies,
y, sobre todo, mejor, la huella que se escucha:

bum bum, bum bum, bum bum, bum bum:
palpita, palpita, palpita, ¡se agita!
bumbum, bumbum, bumbum, bumbum...
Está el corazón humano, sí, está
palpitando.

Van los dos, ¿o vienen?, ¡nunca se sabe!
Están los dos. Indudablemente.
Si se miraran a los ojos, si mantuvieran la mirada
el uno en el otro, no habría
tanto egoísmo. Lamentablemente,
cada uno se encierra en sí mismo
y aparece el pecado de la egolatría, grave,
gravísimo por egoísta, enajenado en su mismidad,
perdiendo el sentido social, sentido de servicio,
sentido fraterno: la caridad, el amor purísimo
de entrega total y desinteresada.

Van los dos, ¿o vienen?, nunca se sabe
porque muchas veces uno va
y el otro viene, ¡qué discapacidad
social! Están los dos, pero no están,
se extraviaron tan fácilmente,
se perdieron egoístamente,
se separaron de la Unidad... ¡ay!
¿Van los dos, o vienen, o uno va
y el otro viene, o ninguno
va ni viene? ¡Ay!

Tres. Cinco. Seis. La vida.
La planta. El árbol. La semilla.
La rana. El colibrí. El pingüino.
... ¡y el ser humano!
Desde el principio.

Herida

Ahora: la herida.

Esta herida, abierta, sangrante.

Madre Tierra sangra, y con indiferencia

la tratan quienes consideran

que enriquecen más sus recursos naturales,

que enriquece más el progreso industrial,

que nos enriquecemos más unos pocos

mientras se empobrecen más unos muchos,

cada vez más muchos.

Confort para unos pocos,

hambre para muchos. Y ya no hay Profetas, ¡oh!

Hubo uno, días ha, pobrecillo,

para quien el río era su hermano,

la lluvia era su hermana,

el fuego era su hermano,

la Luna era su hermana,

... su fraternidad era ecológica

y su ecología era fraterna, sencilla,

simple,

humilde,

pobre.

Su principio existencial, practicado actualmente,

detendría nuestra propia destrucción:

«Deseo poco, y lo poco que deseo lo deseo poco»

(Francisco de Asís).

No se necesita más para vivir bien: sólo

poco

y nada más. Pero hemos creado dependencias,

nos hemos inventado “necesidades” innecesarias,

y los apegos nos ahogan.

La primera ecología –y la fundamental– es una
ecología del espíritu, radicalmente espiritual,
evangélicamente radical,
que nos libere de nuestras fantasías, falsedades
y apegos de confort y consumismo.

Si a la base no hemos ganado
una ecología tal, todas las demás ecologías
–¡inclusive las más académicas!–
permitirán el avance de esta herida mortal
que desangra nuestro planeta,
como lo estamos viendo. ¡Hay que ver!

¡No valdrá –entonces– nada
ni el fuego de la vida,
ni ecobiología o ecosofía alguna!
¡Sólo habrá fuego sin vida,
eco borroso de la vida
y de las falsas sabidurías académicas!

Vale la pena aprender a escuchar:

Deseo poco
y lo poco que deseo
lo deseo poco.

Si no moderamos nuestra forma
de estar-siendo-en-el-mundo,
si continuamos con este consumismo
desaforado,
si la inversión se centra en el confort
y olvidamos el bienestar de la mayoría,
si el egoísmo va a continuar alimentando
la práctica de derechos individuales,
si nos mantenemos ciegos
a la realidad trascendental, espiritual,
tan verdadera como las demás dimensiones

de nuestra realidad íntegra,
si así vamos a continuar, ¡ay!, ¿para qué
exponer-me más en este escrito?
¡No valdrá –entonces– nada
ni el fuego de la vida,
ni ecobiología o ecosofía alguna!

Nuestra herida de egoísmo
ha degenerado en egolatría.
¡Qué pedante y soberbio se ha vuelto el ser humano!
Una herida que nos hace sordos
a la palabra de los demás,
nos vuelve inválidos
ante el sufrimiento de los demás,
nos encierra en nuestra individualidad
envalentonados por un ego sin asidero,
volátil, líquido, efímero
y, en definitiva, aparente.
Queremos ser –creaturas–
sin filiación alguna a un Creador
que nos cuestiona:
«¿Dónde está tu hermano?»;
queremos inventar una ética
cuyos valores no se fundamenten
en axiología alguna espiritual,
sino a la medida de una mundanidad
antropocéntrica desde la que no tengamos
que dar razón de nuestro quehacer
a Dios alguno;
queremos destruir el mundo injusto
que hemos construido
con nuestras injusticias,
en el que no hemos sido capaces de convivir

respetuosamente;
queremos imponer razones universales
a todo el universo
con una razón universal
que, por los frutos,
no ha sido más que egoísta,
mezquina, sesgada, y particular;
¡bah!, hemos querido sacar de nuestra existencia
al Padre bueno de los Cielos, con su bondad,
porque resulta molesto sernos hijos,
y queremos arrogarnos también la paternidad...
¡Cuando no nos alcanzó un continente
salimos a conquistar otros!,
¡cuando no nos alcanzó un planeta
salimos a conquistar otros!,
¡cuando no nos alcanzó este universo
salimos a conquistar otros,
a construir otros,
a la medida de nuestra poquedad!
Y así vamos acabando con todo y con todos,
deseando cada vez más, avasallando cada vez más,
estropeando cada día más!

¡Sordos, hablando a sordos!
No somos más.
¡Ciegos, guías de ciegos!
No somos más.
¡Ególatras, gobernando a ególatras!
No somos más.
Cada uno quiere sacar su propio provecho
estúpidamente,
y ojalá con el menor esfuerzo posible.
¡Qué insensatos somos!

¡Qué insensibles nos hemos vuelto!
¿No querremos escuchar la voz
del Espíritu que clama ¡Abbá!
y que espera, sangrante, unido al madero
donde le dejamos?

Curación

Bajaba un hombre de la sierra
y desprevenido fue objeto de bandidos
que le robaron todo, le golpearon,
y le dejaron sin sentido.
Como era de condición humilde
no fue ayudado por el gobernador
cuando pasó cerca de él;
tampoco lo ayudó el rico
porque no se sabía si todo estaba planeado
para hacerle caer a él y robarle;
ni siquiera un religioso
porque, cuando pasó por allí,
era precisamente la hora de hacer oración.
Hasta que a media tarde
pasó una mujer, madre de varios hijos,
quien hizo una camilla con varas del lugar,
lo arrastró hasta su casa,
lo alimentó, lo curó, y lo cuidó,
porque su corazón de madre
no se limitaba solamente
al cuidado de sus propios hijos.

Bien podemos interpretar a aquel malherido
con nuestro planeta Tierra:
saqueado de todas sus riquezas,
golpeado por la industria,

y cada vez más talado
hasta que ya se quede sin sentido alguno
para nadie.

Pase el gobernante que pase,
con sus pendejos radicalismos
de derecha o de izquierda,
ni se inmuta. Los recursos naturales
siguen siendo recursos...

Empodérese el rico que se empodere
con sus altísimos gastos re-comfort-antes
aprovecha la explotación industrial
y los avances de la tecno-ciencia
para facilitar con todos los placeres
su paso por esta casa (nada común)...

Júntense los líderes religiosos que se junten
se sirven, todos, de los productos
de la Tierra –¡si no, cómo vivir para Dios! –
buscando, en buena teoría y sana teología,
mensajes tibios, tímidos pronunciamientos,
llamados sin compromiso efectivo y real...

Hasta que alguien comprenda esta pregunta:
«¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?»,
alguien que la comprenda en su corazón.

Recuerdo que de niño me topé, en el campo,
con la señora Cruz, y la escuché una vez decir:
«He parido esta tierra ... ¡y cómo me duele!,
esos bribones malparidos no respetan:
traen sus máquinas, traen sus químicos,
y vean esto, mírenlo con sus propios ojos,
meros abortos de la naturaleza!»... una madre
campesina, abuela, sabedora, sufrida,

que había sabido parir la tierra. Madre
de la tierra, sabia, conoedora del arado
y del calendario lunar, de los tiempos
para sembrar y para cosechar, y humilde,
sencilla, simple, pero con autoridad
hablaba, sentenciaba, la verdad
de verdad. Saber cuidar la Tierra
exige, de antemano, saber cuidar la tierra:
saberse tierra, semilla, hedor.
¿Qué vas a curar lo que no conoces?

Se necesita un corazón de madre, de abuela sabedora,
quien ha recibido la sabiduría ancestral
para ofrecerla a los sabios que, sin pedantería
[académica], con sencillez quieran aprender.
Hay que poner los pies sobre la tierra.
Hay que saberse madre de la tierra,
hermana de la tierra, hijo de la tierra.
Recuerdo la voz ronca de la señora Cruz,
como la potente voz de don Faustino,
en la vereda Santa Rita, de Tuta (Boyacá):
conversar a punta de dichos campesinos
y de risas burlonas, mirando al horizonte
mientras el viento frío daba en la cara.
Como conversar con indígenas, mientras
mambean y el poporo va creciendo
en saberes. O cuando se conversa
con creyentes humildes que llevan guardada
la Buena Nueva en su corazón.
En todos estos casos, brillan los ojos
y se mueven las manos
palpando una realidad ahí presente
aunque no la veamos con la mirada

de nuestros ojos. Los saberes ancestrales
y los saberes espirituales exponen
una realidad mucho más íntegra
que la realidad de las verdades científicas.

Estas sabidurías mayores con-llevan
curación, mejoría, sanación, vida íntegra.

Como cura la caricia de una madre.

Como cura el abrazo de un hermano.

Como vivifica la sonrisa de una hija.

A veces curan

la farmacología y la agronomía,

y a veces sus efectos secundarios son más dañinos
que el poco bien que hicieron.

A veces curan la medicina y la veterinaria,
y a veces no.

Pero los conocimientos ancestrales
–en cuanto meros conocimientos–
tampoco solucionan nada. Hay que saber.

Hay que aprender.

Hay que tomar distancia de lo académico,
de lo industrial, del consumismo, del confort...

y hundirse en el silencio (y en el dolor)

de la Tierra; para, luego, elevarse
al empíreo celestial, según la comprensión

de aquel madero ensangrentado

que marca el antes de la Resurrección.

La Tierra ha quedado ensangrentada

con la sangre del Hijo de Dios,

¡y esto es lo más grave y delicado!

¡Ay, ay! ¡Y soñamos ingenuamente

que, con fuerzas humanas, apenas,

lo podremos resolver! ¡Nada!

Verdadeante

El grito de la Tierra es grito de los pobres,
como lo expone Leonardo Boff. El grito
de la sangre de las víctimas continúa
clamando al Cielo y nuestro Padre Creador
lo escucha. La sangre grita
pidiendo justicia; el dolor grita
pidiendo justicia; en silencio gritan
los inocentes mirando al Cielo.

Ningún injusto quedará sin juicio:

ningún asesino,
ningún violador,
ningún agresivo,
ningún blasfemo,
ningún mentiroso,
ningún abusivo,
ningún ladrón,
ningún perezoso,
ningún grosero,
ningún desagradecido;
por cada daño a la naturaleza,
por cada daño a los seres vivos,
por cada daño a nuestros prójimos,
por cada daño a la Tierra y
por cada daño al Cielo,
seremos sentenciados.

Nada quedará oculto,
todo se develará.

Gritará la sangre derramada,

gritará la vida segada,
gritará el cuerpo mutilado,
gritará el alma truncada,
gritará el espíritu truncado,
gritará el humilde silenciado,
gritará el pobre explotado,
gritará el grito amordazado
que no ha dejado de gritar
de intenso dolor.

Entonces comprenderás
cuánto valor tiene aquella lágrima,
cuánto valor tiene aquel silencio,
cuánto valor tiene el sufrimiento
de los que no hiciste caso...

¡Verdadea la verdad!

Porque hay verdad.

Porque está la verdad.

Porque la verdad es.

¿Quién es la verdad?

La verdad es el Pan,
la verdad es la Cruz,
la verdad es el Milagro.

Sangra la verdad.

Sangra la verdad
en el amor.

¿Acaso puede la razón (humana)
comprender
la inmensísima verdad?
¿Acaso puede la razón (humana)
degustar
la sapientísima verdad?
¿Acaso puede la razón (humana)
vivenciar
la milagrosísima verdad?

Sangra la verdad
en el Amor.

Sangra la verdad
entregándose
en-amor-ada.

Se ha hecho –humildemente– tierra,
se ha hecho naturaleza,
se ha hecho alma,
se ha hecho carne
–y también carne humana–,
se ha hecho pobre,
se ha hecho culpa,
se ha velado en su desvelación,
en su revelación,
se ha entregado
–a unos jueces injustos–
para hacerse salvación. Porque
la verdad nos salva,
la verdad es salvación.

¿Qué sería de este planeta

si no hubiere salvación?

¿Qué sería de esta vida
si no hubiere salvación?

¿Qué sería de nosotros
si no hubiere salvación!

¡Grite –tiene que gritar– potentemente
desde las entrañas, con todo el ser,
grite, y retumbe hasta los confines
de la existencia, toda la verdad!

¡Sea –desde su estar-siendo– radicalmente
y con todo el corazón –corazonando–,
sea, con todo su misterio
y milagrosamente, toda la verdad!

¿O vas a mutilar la verdad
porque tú no crees en milagros?
¿O vas a cercenar la verdad
porque sólo crees en la ciencia?
¿O vas a reducir la verdad
para que se acomode a tu parecer?
¡Ególatra!

La verdad
es.

La verdad
verdadea.

El polvo cósmico es sólo una pequeña parte

de la verdad.

Las fuerzas psíquicas y la afectividad son sólo una pequeña parte
de la verdad.

La fantasía, la nanotecnología, y las ontologías todas
son solamente
una pequeña parte de la verdad.

La ecología, la ecosofía, el amor a la Tierra
y al prójimo, son solamente
una pequeña parte de la verdad.

¡Niégate a ti mismo
y húndete en el abismo infinito
de la verdad!

¡Niégate a ti mismo
y déjate tocar por el milagro
de la verdad!

Niégate a ti mismo
–oh, ególatra–
y permite que entre al recinto
de tu ser
la salvación,
como un día lo hiciera
el pobrecito de Asís, el Francisco ese
, hermano del Sol
, hermano de la Luna
, hermano del Fuego
, hermano de la Lluvia
, hermano de la Vida
, hermano de la Muerte
, hermano universal
de todos los hermanos que somos

–¡y no somos nada más!–
los hermanos de la arena, del mar,
del río, de la montaña, del volcán,
del viento, y de la nube
misteriosa
que nos esconde la otra parte
de verdad
–verdad espiritual, verdad de santidad–
completando, poco a poco,
y cada vez más
la profunda, la álgida, la íntegra verdad.

Conclusiones
No se diga más.

JUAN CEPEDA H.

Licenciado en Filosofía y Letras, Magíster en Filosofía Latinoamericana y Doctor en Filosofía de la Universidad Santo Tomás (Colombia) en donde, junto con Mauricio Beuchot, O.P., fundó en 2008 el Grupo de Investigación TLAMATINIME.